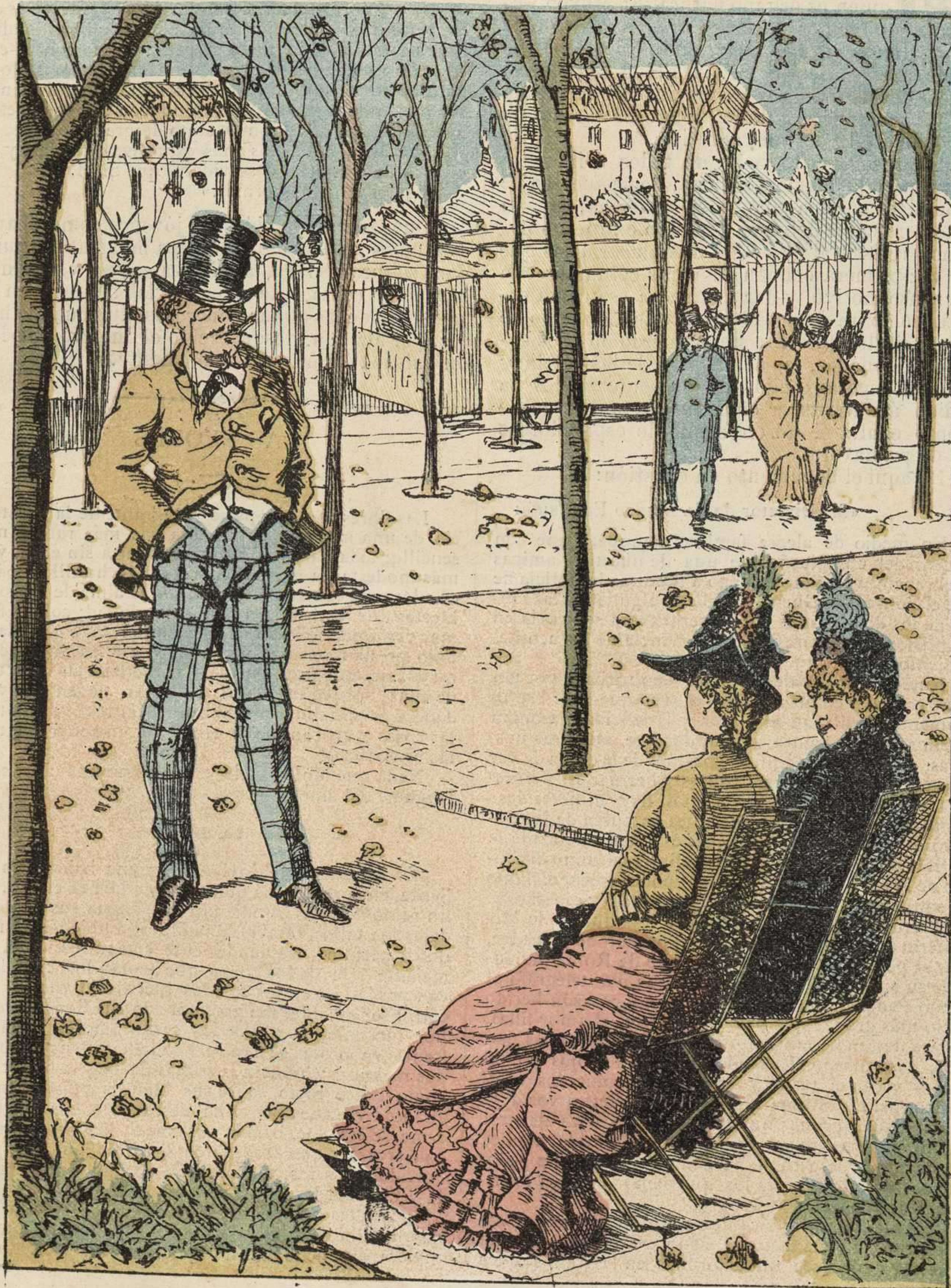


Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.



— Ahí tienes. ¿No querías conocer al autor de esas poesías que tanto te enamoran? Qué te parece.
 — Un libro muy bello, pero... mal encuadernado.

¡PERDON!

HEMOS recibido una carta suscrita por varias señoritas, en la que se nos excitaba á que, en nombre del sexo bello, de quien es órgano natural EL MUNDO FEMENINO, uniésemos nuestros ruegos á los de la prensa diaria, para inclinar el ánimo del Gobierno á que aconsejase á S. M. la Reina regente la gracia de indulto á los sentenciados á la última pena á consecuencia de los dolorosos sucesos de la noche del 19 del mes anterior.

Aunque para regocijo de todos é inmensa gloria para la clemente Reina, los esfuerzos de la opinión pública que no se apasiona, se han visto coronados del más lisonjero éxito, no podemos resistir al deseo de complacer á las que por vez primera ocupan nuestras columnas con tan santo motivo, y dar á conocer esa carta escrita como un hermoso paréntesis en medio de alegre fiesta, que el triste recuerdo de esos seres desgraciados, las amarguras de las infelices madres, esposas ó hijas de los sentenciados ha venido á entristecer como negra nube que de pronto oculta el sol en medio de esplendoroso día de primavera.

Hé aquí el documento en cuestión:

«Sr. Director de EL MUNDO FEMENINO:

En medio de alegre familiar banquete que con motivo del cumpleaños de una de nuestras amigas celebrábamos esta tarde, llegó á nosotras la noticia de que el Consejo de Guerra ha fallado algunas de las causas de los desdichados que esperaban su sentencia en las prisiones militares, á consecuencia de los acontecimientos del día 19.

Nuestra plácida alegría se ha visto turbada por tan triste nueva, y en más de unos ojos en que hace breves momentos brillaban el placer y la felicidad, asoman lágrimas de amargura al recordar que mientras nosotras, dichosas y tranquilas gozamos de la dicha de ver á nuestro lado á nuestros padres y hermanos, y nuestras madres á sus esposos é hijos, hay mujeres desventuradas que corren anhelantes en busca de los poderosos de la tierra, á quienes está encomendada la terrible misión de castigar los delitos, así como disfrutan de la inefable prerrogativa de poder trocar el llanto en sonrisa y la desesperación en consuelo y esperanza.

La figura de la desventurada hija que va de Ministerio en Ministerio pidiendo el perdón de su padre, que se postra ante el representante de Roma pidiéndole su apoyo é influencia y manda por telégrafo al Santo Padre el angustioso grito de su corazón herido en lo más grande que hay en la tierra, el amor filial, parece descender entre nosotras, juntando ambas manos, destrenzado el cabello, turbios los ojos por el llanto y con el terror y la amargura pintados en el rostro, para pedirnos que unamos nuestra voz á la suya, á sus lágrimas nuestras lágrimas, para elevar á S. M. la reina una reverente cuanto sentida súplica en demanda de perdón, perdón que á su infeliz padre concedido, alcanzará á los que como él sufren los rigores de la suerte.

Débiles, é insignificantes criaturas nosotras para dirigirnos directamente al trono, pero deseando que nuestra súplica sea un factor más en la gran súplica

nacional que se levanta en estos momentos llenando el aire con voces de perdón, sólo encontramos un medio de satisfacer nuestro deseo, y es el de hacerlo público en la prensa, y ningún órgano nos parece más adecuado que aquél que, como EL MUNDO FEMENINO, lleva por título nuestro sexo y nos ha ofrecido desde el primer número ser vehículo de nuestras aspiraciones, de nuestras quejas y de nuestros deseos.

Usted, Sr. Director, como los demás redactores de ese periódico dará mejor forma á estas mal hilvanadas líneas, traduciendo nuestro pensamiento con la corrección y galanura de que nosotras no podemos adornar nuestra exposición, dictada sólo por el sentimiento y por el anhelo de cooperar, como toda España lo está haciendo, á la salvación de tanto desgraciado.

Anticipan á Vd. las más expresivas gracias, y se ofrecen de Vd. atentas servidoras que S. M. B.

Siguen veintitrés firmas.»

Quedan complacidas las jóvenes comunicantes, cuya satisfacción en estos momentos igualará seguramente á la tristeza en que venía inspirada su carta, que siempre las honrará en el concepto de las almas generosas, aun cuando haya, por fortuna, desaparecido el motivo que las impulsaba á obrar tan noblemente.

 LAS FLORES

Las flores son hoy parte integrante de la existencia de una mujer y el lujo á la vez más raro y más sencillo; toda habitación parece muerta sin ellas, y la más modesta, la más sencilla, la más humilde, parece adornada con su presencia; son el alma de las cosas inertes que embellecen con su vecindad: color, forma, perfume, todo en ellas encanta, todo complace, todo presta reposo y bienestar; y este encanto general es, sin embargo, peculiar y diferente en cada una de ellas, porque las flores, las hojas, tienen una verdadera personalidad y una influencia real; ¡dicen tantas cosas y evocan tantas otras! ¡hacen soñar con tantas esperanzas!

Nada que tanto hable y viva como una flor; es el lenguaje del amor mismo.

LA LILA

Es delicioso en el invierno, en una habitación caliente, en tanto que la nieve cae y sopla el cierzo, ver un ramo de lilas hundiéndose en el agua sus largos y delgados tallos, embalsamando el ambiente con su dulce perfume, resplandeciente con su blancura, semejante á la de los copos que azotan los cristales y van posándose en los calados hierros de vuestro balcón. Flor amable, tan graciosa con sus finas corolas; flor inocente, flor la de los castos amores, ¡cuántas frentes ruborosas se han inclinado hacia sus perfumados racimos! ¡Cuántas lágrimas de alegría han caído como dulce rocío sobre sus blancos pétalos; sobre cuántos vírgenes senos ha descansado una pequeña rama de esa flor, besada mil veces! Florecilla que se conservará y que después de disipada la dicha y trascurridos los años, todavía dará perfumes que serán á la vez recuerdos.

¡Cuántas mujeres podrán decir que sólo la vista de un tallo de lilas rejuvenece su corazón como si tuviera dieciocho años! ¡Quién no ha recibido ese

bouquet, precioso como ninguno y que no se olvida jamás?

Yo no sé por qué la lila no ha sido escogida como representante de la virginidad, porque ninguna otra posee ese encanto delicioso y penetrante de la pureza misma.

Es la perla fina de las flores.

(Continuará).

EL VICIO SIEMBRA LA RUINA

En una pobre morada
de una apartada calleja,
casa, como pocas, vieja,
triste, lóbrega y helada,
en cierta noche lluviosa
coser con afán se vía
á la luz de una bujía
una mujer aún hermosa.
Tres niños durmiendo en una
más que cama, harapo hediondo,
y allá del cuarto en el fondo
otro en miserable cuna.
Cada hora, la mujer
escucha el reloj atenta,
sus pausados golpes cuenta...
y luego vuelve á coser.
—¡Las doce! qué tarde es,
dice del sonido en pos;
luego la una, las dos,
las dos y media... ¡las tres!
Llega á su colmo el afán.
Deja á un lado la costura
y pensativa murmura:
—¿Por qué no vendrá aún mi Juan?

Era bien entrado el día
cuando en la angosta calleja
se oyó la voz de una vieja
que á una vecina decía:
—¿No sabe usted lo que pasa?
Que en la calle de Jordán
han muerto esta noche á Juan,
el que vive en esa casa.
—¡Quién lo había de pensar!
¿Y ha sido...?

—Por lo que entiendo
pasó la noche bebiendo;
después se puso á jugar,
tuvo á alguno malos modos,
se tiraron las barajas,
abriéronse las navajas,
y en fin, la historia de todos.

Un grito enorme salió
de aquella mansión de duelo,
y sobre el húmedo suelo
un cuerpo inerte cayó.
Acudió la vecindad,

y cuando la puerta abrieron
un cuadro espantoso vieron
á la tenue claridad
de la luz que se acababa;
cuatro huérfanos dormidos
y en tierra, dando quejidos
una mujer que espiraba.

Vean en qué precipicio
caen los que dejan su hogar,
para venir á acabar
entre las garras del vicio.

E. DE LA CERDA.

CUENTOS

EN UNA FOTOGRAFÍA

Una lugareña vestida de luto:

—Señor fotógrafo, yo quisiera que me hiciese Vd. para mis hijos el retrato de mi pobre defunto Juan Durán, que nació en Chinchón y ha muerto en mi casa, á la edad de treinta y cinco años, recibiendo los Santos Sacramentos...

El fotógrafo.—Muy bien, señora, me proporcionará Vd. un retrato del difunto, un dibujo, una fotografía antigua...

La lugareña.—¡No tengo nada de eso, señor! Si sirviera su licencia de escopeta...

EN SAN LUIS

Una mendiga:

—Buenos caballeros y señoras, una limosna por amor de Dios á una desgraciada...

Una señora anciana la da una perra grande.

Después de haberla mirado la pobre, saca su pañuelo, frota la moneda con mucho cuidado, y, en fin, cuando está limpia la echa en su portamoneda exclamando entre un gran suspiro:

—¡Dios mío! ¡qué gentes hay tan sucias!

MODAS HORRIBLES

Que la Moda es un tirano implacable que se impone con voluntad de hierro á todos, así hombres como mujeres, así á los altos como á los bajos, en posición social, se entiende, es cosa que viene diciéndose desde que la sociedad civilizada dió en la flor de cambiar de cuando en cuando de envoltura ó de disfraz.

Pero en estos tiempos de democracia, en que se proclama el derecho de insurrección hasta cuando no hay motivo inmediato para ello, el espíritu de independencia y de autonomía debe invadir también el mundo de la Moda, y hacer su revolución pacífica, para quebrantar el poder de ese tirano, que hasta ahora parece inviolable é inmortal.

Algo parece haber penetrado ese espíritu en nuestras costumbres, porque ya no se ve ciertamente, en especial entre las mujeres, aquella uniformidad rigurosa que existía en los trajes de nuestras abuelas, en

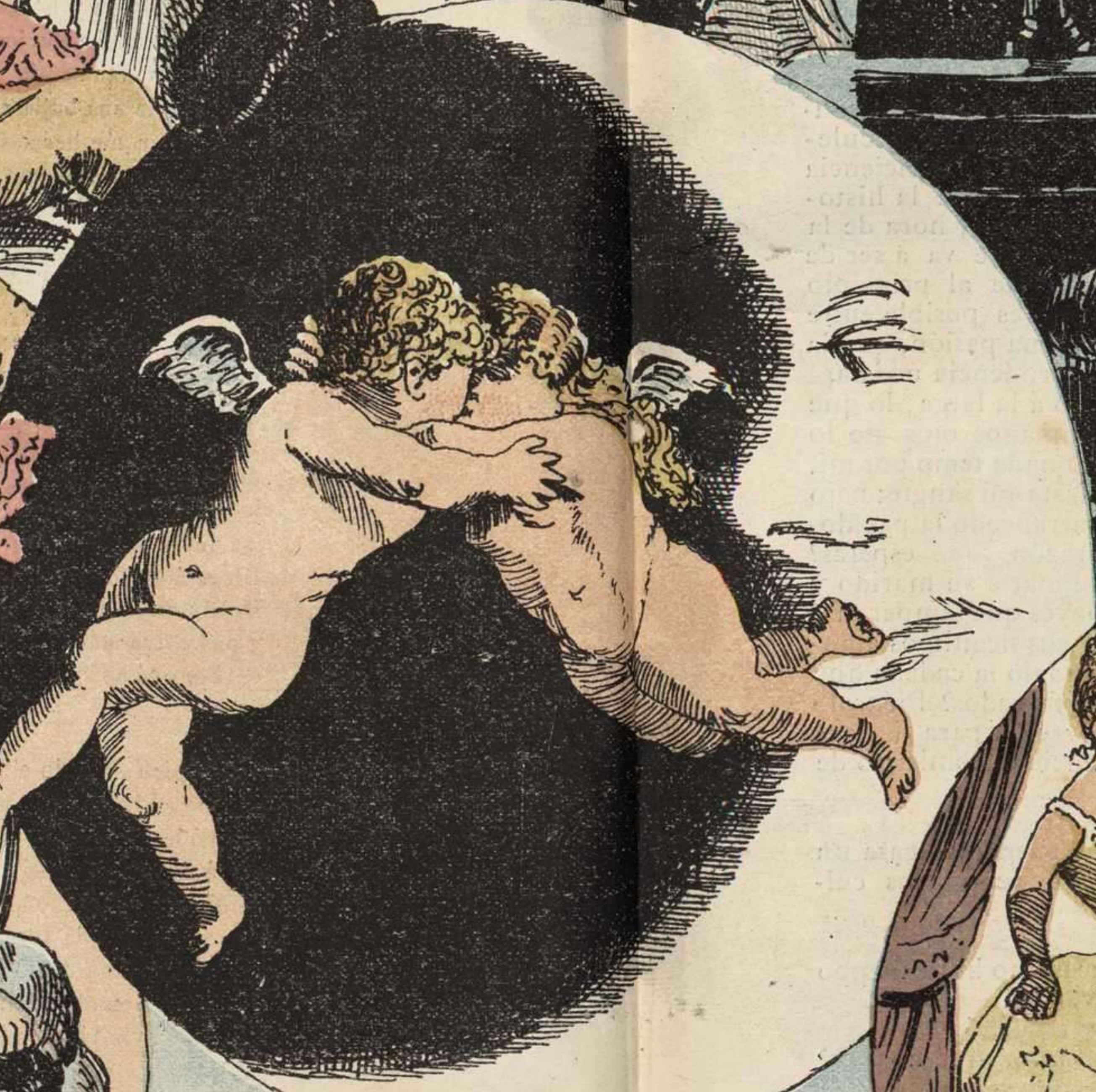
LA LUNA DE MIEL



Amor, mucho amor; mucha poesía...



Más amor todavía. Una luna llena de nueve meses.



Una carta sorprendida es un nubarrón delante de una luna que mengua.



Lo nuevo place y lo viejo satisface. Una luna reemplaza a otra luna. ¡Pobre esposa, y pobre espejo!



sus sombreros y peinados, que parecían cortados por el mismo molde, y ejecutados por artistas de guardarrópia.

Hoy cada mujer usa el traje del color y hechura que más parece favorecerla; los sombreros afectan formas infinitas y los peinados varían también según el capricho de la que los usa.

Pero si bien hay esa variedad verdaderamente pintoresca y encantadora, ríndese aún vasallaje á la Moda, adoptándose lo que ella impone, sin más conatos de resistencia que el de no ceñirse servilmente á un patrón único ó uniforme.

Y sin embargo, en esa semiobediencia á sus decretos, hay mucho de absurdo, de antiartístico y hasta de ridículo.

El peinado alto, por ejemplo, que deja el contorno del rostro escueto, sin fondo en el espacio, donde se difumina y se pierde, no es el más á propósito para embellecer un rostro juvenil; déjese á las viejas el moño alto sobre el cráneo, especie de florón de sopera sobre el que sólo sienta una veleta como remate de torre, ó una banderita como las que adornan las bizcochadas, y abajo el cabello, que adorne los contornos, que destaque sobre fondo de ébano el perfil del rostro moreno, ó sobre fondo de oro el nacarado cutis de la rubia.

¿No os parecéis horribles, niñas mías, con ese barbotillo sobre la coronilla? Las griegas usaron el peinado alto también, pero era un peinado gracioso, un manojo de bucles aprisionado en cercos de oro y de piedras preciosas que daba, al par que fresca al rostro, elegancia y majestad á la cabeza de la mujer.

Ese peinado que deja la nuca al descubierto, que llama todo el cabello hacia arriba, como si la invisible mano de un demonio lo reuniera en un manojo y tirase de él, recuerda la forma en que aparecen las cabezas de las mujeres guillotinas en manos del verdugo. No es natural y no es bello. Nuestras abuelas lo usaron, y yo recuerdo que hace pocos años os reíais de los peinados de vuestras abuelas. ¿Por qué no os reís ahora de vosotras mismas?

¡La tiranía de la Moda!

¿Es también ella la que os ha impuesto ese ridículo postizo posterior, que con el nombre de *polisón* (pica-rillo, en francés) lleváis tan satisfechas, creyendoos muy elegantes y hechiceras?

¡Ah, comparaos ahora con lo que érais hace cuatro ó cinco años!

Entonces, cuando vuestras formas esculturales se delineaban perfectamente bajo el estrecho vestido, y podía apreciarse la riqueza del modelado interno, y hacíais soñar con vuestras graciosas curvas y contracurvas, parecíais mujeres de verdad. Erais la Venus escapada de su pedestal, resucitando con su ropaje de sobrios pliegues, con su armonioso conjunto de amplias y mórbidas formas.

Hoy... hoy ¿qué parecéis?

Dispensadme lo rudo de la comparación. Pero al veros con esa culata postiza, de la que penden desatentados trapos sin gracia y sin arte, da ganas de echaros una silla de montar encima y espolearos, representando esa mascarada de la vieja y el joven que cabalga sobre su encorvada figura, que habréis visto alguna vez en Carnaval.

Eso es horrible, y debe desaparecer.

Si vais al Museo y os detenéis ante el cuadro de las Meninas ó ante el retrato de las damas de la corte de Felipe IV, con sus inmensos tontillos ó guardainfantes, os echaréis á reír sin duda.

Pues bien, aquella moda, por ridícula que sea, no lo es tanto como la de hoy.

Aquella representa la mujer metida en un pollero; la vuestra, una mujer que lleva colgado un pollero detrás.

¡Ah, mujeres! Volved á 1880. ¡Estábais tan hermosas con vuestro perfil *natural*!

LUDOVICO.

LA TRAICIÓN

(Continuación)

Ha sucedido de otro modo; hemos salvado de un solo salto todas las conveniencias, todos los obstáculos, todos los retardos que seguramente hubiera encontrado nuestro amor; el desenlace ha seguido inmediatamente á la conjunción de nuestras almas en una declaración mutua, sin preparación, sin preámbulos, sin rodeos. Ha sido la conjunción de dos nubes cargadas de electricidad que el aire empuja una hacia otra, y que al confundirse producen la chispa, el rayo que ciego culebrea en el espacio y cae donde cae, sin conciencia de la devastación que va á producir. Hé ahí la historia de nuestra falta. Pero ha llegado la hora de la reflexión serena, Amelia; y dime: ¿Qué va á ser de nosotros si continuamos unidos? Que al principio caminaremos con prudencia, si ésta es posible entre quienes devora el fuego de una misma pasión, que la impunidad que nos dé esa misma prudencia nos hará más confiados, y que á la corta ó á la larga, lo que hoy puede quedar oculto á los humanos ojos, no lo estará para nadie, y entonces... yo nada temo por mí, que estoy dispuesto á dar por tí hasta mi sangre; pero tú, desventurada, á quien habré arrancado la paz doméstica detrás de la paz del corazón, ¿qué esperas? ¿Puede una mujer como tú abandonar á su marido y seguirme? ¿Hay en nuestro país leyes que amparan á los adúlteros que desean legitimar sus ilegítimos amores? ¿Puede nadie romper sin escándalo la cadena que reúne á dos cónyuges como á dos forzados? Piénsalo bien, Amelia; mi partida es la salvación para tí, para mí, para Anatolio; mi permanencia el comienzo de nuestra expiación.

—Sí, dijo Amelia, es preciso.

Oyose allá en el fondo de la silenciosa casa un ruido que suspendió hasta el aliento de los dos culpables.

—¿Has oído? exclamó Amelia.

—Sí, vete, huye, amada mía; acaso no haya tiempo ya de precaver los males que prevemos.

Amelia se asomó á la puerta y escuchó.

—Es abajo, dijo; la gente se levanta, ¿qué hora es?

—Robertó consultó su reloj, y contestó:

—Las tres.

—Dentro de una hora llamarán á Anatolio; me voy.

Y Amelia quedó un momento indecisa bajo el dintel de la puerta.

—¿No nos veremos antes de partir? díjole Roberto aproximándose á ella.

—Sí... mañana, hoy... cuando salga Anatolio, cuando tú quieras. ¡Te amo tanto!

El ruido de la gente que se movía abajo preparándose para salir al campo aumentaba. Oíanse las voces del capataz que despertaba á los vendimiadores, que dormían en los pajares ó al fresco en el patio sobre sus hatos, el rechinar de las carretas que arrastraban los bueyes y las agudas voces de las vendimiadoras.

que, como una nidada de alegres golondrinas, salían del departamento donde dormían reunidas.

Media hora después oíase este corto diálogo en la puerta de la biblioteca:

—¡Adiós, Roberto!

—¡Adiós, Amelia!

Y algo turbó el silencio de aquel oscuro pasillo, que indicaba que la conjuración aquella de las nubes de que antes hablaba Roberto, acababa de verificarse otra vez, y era aquél como el eco del último trueno con que se despide la tempestad.

Eran las cinco de la mañana. El sol empezaba á anunciarse en el horizonte por esa espléndida iluminación que tiñe de arbores y doradas ráfagas el cielo. Los campos abrían sus inmensos pebeteros de mil aromas, que las brisas matinales recogen de los cálices de las flores y de los poros de las plantas, y los mezclan y confunden en sus caprichosos giros.

En la casa de los condes de Selva Humbría todo era tranquilidad y silencio. Sólo quedaban en ella la condesa con su servidumbre doméstica, y Roberto, á quien Anatolio no había querido despertar como de costumbre, en atención á las razones que aquél le diera por la noche.

Después de un largo paseo por las viñas, el conde regresó para inspeccionar la colocación que habían dado bajo el cobertizo á los haces de paja que debían conducir aquel día las carretas á la próxima estación de la vía férrea, que pasaba á tres kilómetros de la posesión.

En esta ocupación se hallaba completamente solo, cuando llamó su atención un lienzo blanco que sobre uno de los haces había.

Recogiólo con extrañeza, porque desde luego echó de ver que era un pañuelo de hombre, fino y con una larga inicial roja bordada en una punta.

R murmuró el conde; este pañuelo es de Roberto. ¿Pero cuándo ha estado él aquí para dejarse este pañuelo?

De pronto palideció profundamente al fijar la vista en el punto en que encontrara la prenda. Sobre el mismo haz, en un imperceptible hoyo, había un objeto que le hizo estremecer. Era una aguja de cabeza, de oro, que remataba una pequeña corona conal, con menudas turquesas y florones de rubíes.

—¡Esta aguja es de Amelia! murmuró. Amelia también ha estado aquí... Aquí con él... ¿Cuándo? Ayer no fué: estuvimos reunidos toda la tarde ¿Anoche? ¡Aaah!

Anatolio pronunció esta interjección como si en aquel momento cayese sobre su mente una verdadera avalancha de recuerdos.

Ella le había dicho, que durante la lluvia había guarecido su cabeza con un pañuelo de Roberto.

El pañuelo era aquél.

El, Roberto, volvía cubierto de paja, que se había adherido á sus espaldas, mojadas por la lluvia.

Aquella aguja desprendida, aquel hoyo en el haz de paja, denunciaban el reposo de una cabeza, y esa cabeza era, no podía ser otra que la de Amelia.

Amelia había entrado con Roberto en la casa, mientras él corría desalado á su encuentro para recogerles en el carruaje, luego.

¡Ah! sí, allí había una ocultación, allí había... Y después, aquella taciturnidad de los dos durante la cena; aquellas respuestas monosílabas de ambos... Y ese repentino viaje, la permanencia ahora de Rober-

to en la casa... donde también se había quedado Amelia...

Hay momentos en que la luz se hace en el cerebro con tal intensidad, que por el pronto ofusca la razón y no deja lugar á la reflexión. La duda es imposible; por eso la realidad aterra.

Anatolio, en efecto, estaba aterrado.

No había duda: su mujer le hacía traición. ¡Ella! Ella, á quien adoraba; ella, la suprema felicidad de su vida!

Y él, á quien había concedido la hospitalidad de un hermano; él, á quien quería con ese cariño que sólo brota en el corazón en la edad en que se cree en la amistad, y que se mantiene vivo, constante aun en la vejez, también él le engañaba miserablemente.

¿Quién era aquí el más culpable? ¿Quién merecía mayor rigor en el castigo? ¿Cuál escogería que satisficiera á su implacable deseo de venganza?

—¡Ah! tal vez en este momento, exclamó, deshonran mi propio tálamo, y se burlan del crédulo, del confiado, del estúpido marido que les concedió la libertad de dos hermanos. ¡Oh! si el cielo me los ofrece reunidos, con cuánto placer veré correr juntas la sangre de la impura y del desleal amigo.

Palpó sus bolsillos, y una sonrisa de infernal satisfacción iluminó su pálido semblante. En uno de ellos tocó una gran navaja de campo, con la que solía cortar los mejores racimos, que ofrecía á su mujer y á su amigo, con la que podaba los hermosos rosales predilectos de Amelia.

Subió la escalera de puntillas, y al sentir en el corredor los pasos de un hombre se detuvo. El hombre bajó por la misma escalera.

Era Roberto. Los pasos habían sonado del lado en que estaban situadas las habitaciones de Amelia y las suyas.

Roberto venía tal vez de añadir un nuevo timbre de ignominia á su esclarecido escudo de nobleza.

—¿Dónde vas? preguntó Anatolio á Roberto, que se detuvo sorprendido en mitad del tramo por donde bajaba.

—Iba á buscarte.

—Y yo á tí.

—¿Qué deseas?

—Nada... un capricho. El aire fresco de la mañana ha entumecido mis miembros, y deseaba hacer algún ejercicio para entrar en calor.

—En efecto, estás pálido, tembloroso.

—¿No te digo? Si necesito hacer ejercicio para desentumecerme. ¿Quieres que tiremos un poco? Hace ya algunos días que dejamos los floretes en reposo...

—Como quieras, Anatolio.

—Pues entremos, justamente tenemos la sala de armas á la mano, en este descanso de la escalera.

—Te sigo, contestó Roberto, sin sospechar la terrible decisión de su amigo.

Entraron en la sala de armas.

Anatolio se lanzó sobre dos floretes y entregó uno á Roberto.

Este se dirigió al trofeo para alcanzar una careta y una manopla.

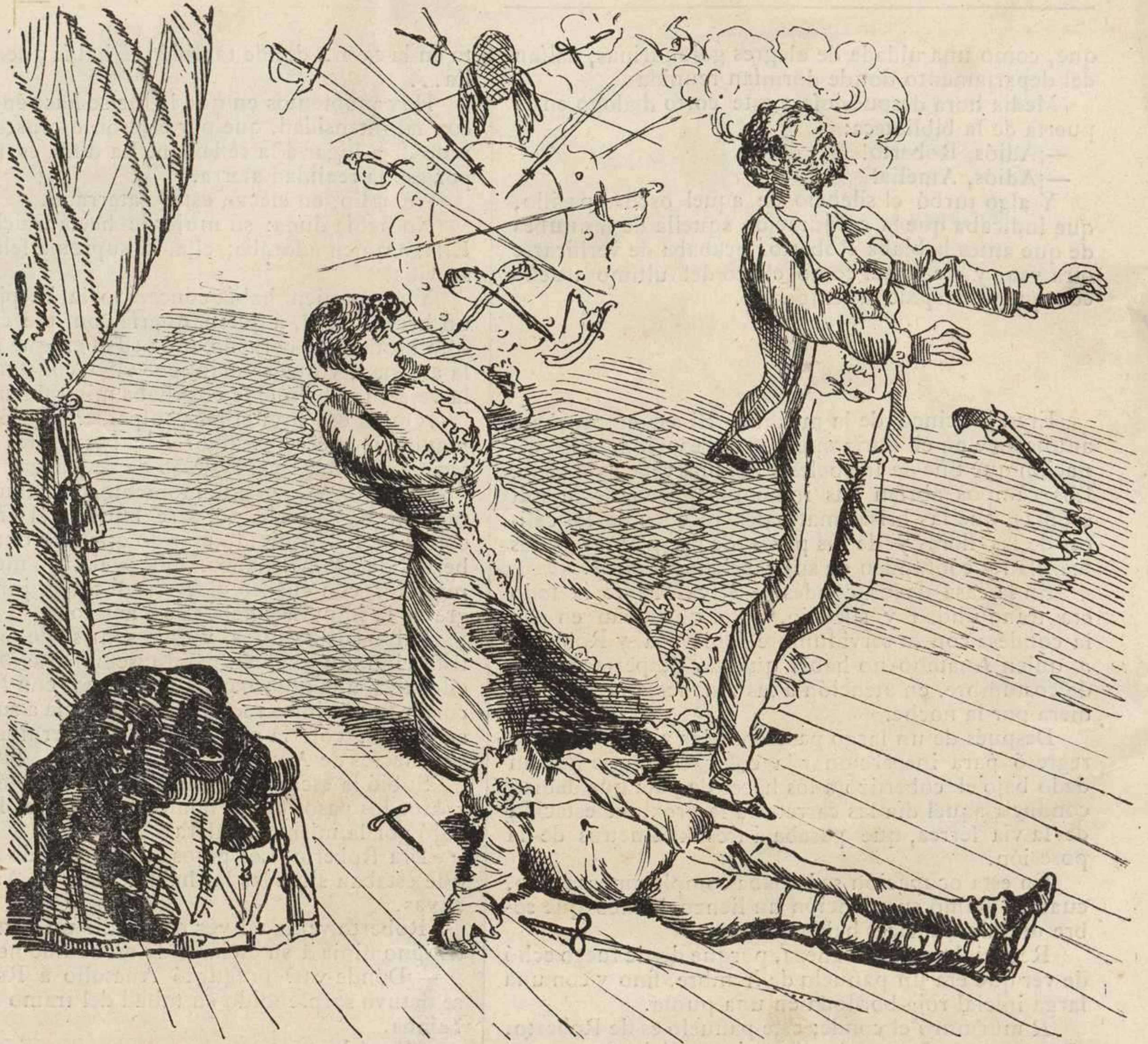
—Deja eso, le dijo Anatolio mientras corría el cerrojo de la puerta de la sala.

—¿Sin careta? exclamó Roberto.

—Sí, tengo capricho en que el asalto le tengamos sin defensa... y mira, sin botones en los estoques.

—¿Pero estás loco, Anatolio? exclamó Roberto, á quien empezaban á alarmar aquellos preparativos; esto parece más un duelo que un asalto de armas.

—¡Un duelo! ¡qué majadero! ¿Por qué habíamos de batirnos? ¿No eres tú mi mejor y más leal amigo?



LA TRAICIÓN (Véase la novela)

—No eres mi huésped, á quien debo respetar como tú á mí me respetas? Vamos, en guardia, Roberto, en guardia.

—Pero loco, no ves que podemos herirnos.

—No importa. Ahí tienes con qué hacer vendas, dijo Anatolio arrojándole su propio pañuelo.

—¡El mío! exclamó Roberto. ¿Qué significa esto?

—¿Qué, aún no comprendes? ¿Aún no ves claro? Pues aquí hay con qué batirte las cataratas, mi muy querido y excelente amigo.

Y le mostraba la aguja de oro de Amelia.

—Esa aguja es de tu mujer.

—Sí, de mi mujer, á quien mi amigo acompaña á

un pajar para librarla de la tempestad, mientras su marido corre los campos para recogerla en un coche, refugio más digno de una dama.

—¡Anatolio, qué has creído!... murmuró con voz desfallecida Roberto.

—¿Que qué he creído? Pues hombre, me place tu pregunta, que sólo revela la idea que tanto tú como ella tenéis formada de mí.

—Anatolio, te juro...

E. DE LA CERDA.

(Continuará).

Imp. de G. Osler, Espiritu Santo, 18.—Madrid.

ALFABETO ILUSTRADO

Bonito libro con infinidad de regalos de niños y que puede servir para aprender á leer sin necesidad de profesor.

Precio: UN real

Al comercio, DOS PESETAS la docena franco de porte.

Los pedidos, remitiendo el importe en libranzas, á D. Guillermo Osler, Espiritu Santo, 18, Madrid.